



TEATRO Y CINE

De MIGUEL DE UNAMUNO

SALAMANCA, diciembre de 1921.

Acabamos de leer un ensayo de José Ortega y Gasset, ingenioso y sutil como todos los suyos, titulado "Elogio del murciélago", en que se defiende el teatro predominantemente escénico o plástico — nosotros diríamos cinematográfico — y casi el teatro mudo, el que habla más a los ojos que al oído. No siendo, claro, por la música.

Y vamos a empezar su rápido examen por donde acaba. Que acaba diciendo así:

"Tengo viva fe en el advenimiento de una nueva inspiración escénica, que renovará en nosotros el sentido de los espectáculos. Al tiempo que las demás artes — sobre todo música y pintura — parecen tener derrado el horizonte de las grandes innovaciones, el teatro se halla, a mi juicio, en el albor de su más gloriosa jornada. Es el único arte que hoy tiene franco el porvenir. Esto, claro está, no lo entenderá bien quien goce de la suficiente ingenuidad para creer que aun se puede escribir una buena novela, o componer un gran drama, o hacer una estatua egroga, o pintar un cuadro que subyugue.

"Más valdría que los artistas jóvenes, en lugar de perderse por esos callejones sin salida, se dedicasen a crear el nuevo teatro, en que todo es plasticidad y sonido, movimiento y sorpresa. La pintura, a estas fechas, no tiene tema más fecundo que la decoración escénica, donde todo está aun por inventar, y no el lienzo de caballete, donde por ahora no hay nada substancial que hacer. Cosa pareja acontece con la música. En cuanto al poeta, es el encargado de imaginar la farsa fantasmagórica componiendo, en vez de un texto literario, un programa de sucesos que han de ejecutarse en la escena.

"Pero es preciso, ante todo, que el actor deje de ser lo que es hoy, mero realizador de una obra escrita, y se convierta en otra cosa, mejor dicho, en mil cosas: acróbata, danzarín, mimo, juglar, haciendo de su cuerpo elástico una metáfora universal."

Ya antes de ahora Ortega y Gasset ha disertado, con sus habituales ingenio y sutileza, sobre el cine, o, más bien, en elogio del cine.

Por nuestra parte cúmplenos declarar que no nos atrae el cine. Acaso porque somos más de tipo auditivo que visual y porque cuando vamos al

teatro vamos a él más a oír que a ver. Y nada nos molesta más que el que aparezcan unos fantasmas que gesticulan y mueven los labios como quienes están hablando, y hay asombro, o ira, o amor, en sus ademanes y miradas, y luego se nos dice en un cartel, y por escrito, lo que se han dicho. Que es como si una pareja bailase un baile sin música y luego nos hiciesen oír el aire bailable que habia bailado.

La tesis de Ortega y Gasset se reduce, en el fondo, a condenar la dramaturgia, el drama, a favor del teatro puro. Llega a decir que ya no se puede componer un gran drama. Y nosotros creemos, sin embargo, que va a ser la reacción contra el exceso del cine y de lo cinematográfico lo que va a resucitar el drama, el drama

hablado, aquel en que lo esencial es lo que se dice, la palabra.

Pero lo que aquí se presenta es la vieja cuestión del drama para ser leído y el drama para ser representado. Distinción de muy poco valor, y menor aun en nuestra España. Drama que no sea para ser representado, tampoco es para ser leído.

El mismo Ortega y Gasset en el ensayo de que hablamos; escribe:

"Ello es que, en la obra teatral al uso, todo lo que hay de verdadero valor puede ser íntegramente gozado mediante la simple lectura, sin necesidad de ir al teatro, y lo que éste añade es, en el mejor caso, superfluo, innecesario, inescencial. Yo no discuto ahora que la representación teatral no haya sido en otro tiempo necesaria para que un público todavía ineducado llegase a sentir las finezas psicológicas y el contenido poético del texto. Es muy posible que la plástica teatral nos haya servido de andadores para aprender a leer. Lo único que afirmo es que hoy un hombre capaz de percibir las calidades superiores de la obra dramática, goza de ésta íntegramente sin necesidad de verla representada."

A lo que se nos ocurre hacer notar que en España, por lo menos, y creemos que en otros países lo mismo, hay mucha gente que sabe leer — es decir, que se entera de un escrito ordinario por su lectura — y que necesita ver representado un drama para gozar de él, para enterarse de él. Y es porque en rigor no sabe leer. El número de los analfabetos efectivos es mucho mayor que el que dan las estadísticas. Hay personas que pasan por saber leer y escribir, y entre ellas muchos hombres de título académico — médicos, abogados, profesores, in-





genieros, etc.—que no saben leer. Ni es cierto que un hombre capaz de percibir las calidades superiores de la obra dramática goce de ésta íntegramente sin necesidad de verla representada. Necesita oírla, y oírsele a otro. Porque hay personas instruidas y hasta muy inteligentes que no oyen lo que leen. Y el que no oye lo que lee, ni se entera bien de ello ni, sobre todo, goza de su elemento dramático.

La intelección de algo escrito, por la vista, es una intelección que podríamos llamar de segundo grado. Cuando uno lee, por ejemplo: "el almendro estaba en flor", primero lo oye y luego las palabras oídas le suscitan la imagen del almendro en flor. Claro es que esa audición es íntima y subconsciente. Y no digamos nada cuando lee, mudamente, un diálogo de pasión, como el de un drama. Si no lo oye no goza de él. Y son muchos, pero muchos, los que al leer un diálogo no lo oyen, sino que lo ven escrito, que lo leen con la vista, pero no con el oído. Y de aquí la eficacia, como arma de combate, de la caricatura, que es expresión de primer grado. Y de la caricatura aparte de su leyenda.

Pero hay otra consideración, y es que una representación de "Hamlet"—y es el ejemplo de que se sirve Ortega y Gasset—no es sólo una audición indispensable para los que no oyen lo que leen—sino que es una audición colectiva. Son cientos de personas las que lo oyen a la vez. Y ello tiene el mismo valor que una conferencia bien leída, o pronunciada por un autor con respecto a lo mismo que lee uno en su casa y silenciosamente. Y la diferencia la conoce muy

bien el mismo Ortega y Gasset, que es un excelentísimo conferenciante, un maravilloso lector o recitador de sus ensayos. ¿Cree acaso que hasta para un hombre capaz de percibir las calidades superiores de un ensayo suyo, de Ortega, le es lo mismo leerlo a solas, en su casa y mudamente, u oírsele a él, a su autor? Ni mucho menos.

Cuando Núñez de Arce escribió su poema "El vértigo"—y valga éste lo que valiere—el gran actor Rafael Calvo, vestido con traje de la época del poema y con una decoración al caso, lo recitó, o declamó más bien, en un

teatro de Madrid. Y para los que se lo oyeron no fué lo mismo que si lo hubieran leído a solas. Muchos de ellos eran analfabetos en el sentido expuesto. Y Carlos Dickens, el novelista, hizo una gira por Estados Unidos leyendo novelas suyas, que dicen que casi las representaba.

Aun necesitamos de andadores para leer, y, sobre todo, una representación escénica es una lectura pública. Y hasta creemos que las sociedades obreras, v. gr., deberían tener un lector que cada noche les diese cuenta de la prensa del día y les leyese las noticias y los artículos de más interés. Sabemos de obrero que pagaría mejor veinte céntimos de entrada por oír a ese lector de la prensa diaria que no diez céntimos por un periódico.

En cuanto a ese actor acróbata, danzarín, mimo y jugador, una especie de Charlot, no podrá nunca desplazar al que sepa decir con pasión lo que otros leen sin ella, como no podrá desplazar a conferenciante, a "decidores" de ensayos como Ortega y Gasset.

Y lo de que no se pueda ya escribir una buena novela o componer un gran drama... De esto no decimos todo lo que se nos ocurre, entre otros motivos porque hemos escrito novelas y hemos compuesto dramas, y no sabemos que haya escrito de aquéllas ni compuesto de éstos Ortega y Gasset. El cual pasa ahora por una fase de cinematografía, de buscar el espectáculo y la danza y la juglería. Y acaso influyen en él las doctrinas del famoso libro de Spengler sobre el caso de la civilización occidental.

¡Componer un programa de sucesos que han de ejecutarse en la escena...! ¿Y qué es eso? ¿Qué sucesos son éstos? Sí, ya sabemos que hay dramaturgos y novelistas que se dedican a inventar películas, o sea pantomimas. Pero en esto fiamos para la regeneración del teatro dramático tradicional, del teatro hablado, de la audición pública de la palabra patética y viva, y fiamos en ello porque esas pantomimas acabarán por ser rechazadas del cine, que se quedará para su objeto estético propio, que es el de representar las cosas que ocurren sin palabras. El diálogo de Romeo y Julieta, por ejemplo, no basta leerlo a solas y mudamente — y menos, repetimos, los que no saben leer con el oído—y no es posible representarlo en pantomima sin que degenera en muy otra cosa.

Por nuestra parte preferimos un público de ciegos a un público de sordos, y sabemos, además, que por lo común el ciego de nacimiento admite más cultura y una cultura más alta que no el sordo de nacimiento. Es más, el sordo de nacimiento ni en el cine puede enterarse de muchas cosas. Se entera de más cosas el ciego.

